

Marcel Jouhandeau
Tiresias



La sonrisa vertical



Cuenta el mito que Tiresias encontró dos serpientes copulando y, por atreverse a desenlazarlas, se convirtió en mujer. Siete años después volvió a encontrárselas; cuando las separó, recobró sus atributos masculinos. Más adelante, tras afirmar ante Júpiter y Juno que las mujeres gozaban más que los hombres en el acto sexual, la diosa lo castigó por su indiscreción con la ceguera, pero Júpiter, para consolarlo, le otorgó el poder de la adivinación.

Hombre y mujer, ciego y adivino: ésa es la ambigua y compleja figura que el escritor francés Marcel Jouhandeau utiliza como referencia para relatar sus citas secretas con cuatro hombres: Richard, Philippe, Pierre y un joven al que apoda el Enano, que le ofrecen sus cuerpos por dinero. Así, entre el delirio de los encuentros y las iluminaciones de la carne, se desarrolla esta narración, de gran contenido autobiográfico, que transmite la experiencia de la homosexualidad tal como la vivió su autor: mortificante, obscena, liberadora y, sobre todo, profundamente estética.

Publicada con el pseudónimo de Théophile en 1977, y por primera vez con el nombre del autor en 1988, la obra fue considerada por el también escritor Roger Martin du Gard «una observación clínica, turbadora y del mayor interés para ahondar en el conocimiento del hombre», y su primer editor, Jean-Jacques Pauvert, aseguró con gran acierto que, en *Tiresias*, Marcel Jouhandeau jugó, «en el mejor sentido del término, con el fuego que incendió su vida». Con *Tiresias*, se ofrece a los lectores una de las más peculiares obras eróticas de este autor, «uno de los grandes y singulares escritores homosexuales del siglo xx francés», al decir de Luis Antonio de Villena.



Marcel Jouhandeau

Tiresias

La sonrisa vertical - 131

ePub r1.0

orhi 22.02.2017

Título original: *Tirésias*

Marcel Jouhandeau, 1977

Traducción: Santiago Nudelman

Ilustración de cubierta: torso masculino de Jean-Auguste-Dominique
Ingres (1780-1867), Museo Nacional de Varsovia, Polonia

Editor digital: orhi

ePub base r1.2



Aquel adivino tuvo la particularidad de que, tras haber sido primero hombre, se convirtió luego en mujer, para después volver a su forma original. Este cambio fue efecto de una pequeñísima causa. Un día se encontró dos serpientes entrelazadas y, por haber osado separarlas, se descubrió transformado en mujer. Siete años después, se las encontró de nuevo, y en el momento en que repitió sobre ellas el mismo gesto, recuperó sus atributos masculinos.

Posteriormente, a causa de haber afirmado, con razón, frente a Júpiter y Juno que las mujeres obtienen más placer que los hombres en los asuntos del amor, la diosa castigó su indiscreción dejándolo ciego, pero Júpiter, para consolarlo, le otorgó la agudeza y la capacidad de predecir el porvenir.

M. J.

Richard

Lo deseaba hasta tal punto que, al no poder acceder a él, me entregué a otros pensando en él, pero el cielo no se burló de mí. Di con un muchacho aún más bello, y, como él, de unos veinte años, un coloso oscuro de caderas nacaradas y opulentas, de ojos color gris pálido y que, por fortuna (y he aquí lo increíble), respondía también al nombre de Richard.

—¿Así que soy el primer Richard que «te haces»? —me preguntó.

—Doy una gran importancia a los nombres.

—También yo.

En el jersey llevaba bordados un león rojo y un leopardo amarillo, y le supliqué que se lo dejase puesto un momento. Adoraba pensar que estaríamos desnudos con aquellas dos bestias feroces entre nuestros corazones.

Tras quitarse esta última prenda, se tendió boca arriba cuan largo era, con las piernas entreabiertas, y yo me arrodillé primero al borde del diván, con mi mirada posada sobre el eje de su cuerpo, que se me presentaba hendido, espléndido. ¡Qué perspectiva admirable y suntuosa! Existe una de la Escuela Romana de Miguel Ángel que se parecía a lo que veía en ese instante.

Le dije:

—¿Me permitirías adorarte un momento?

Y él:

—¿Todo el mundo ama ser adorado?

Yo:

—Incluso si se le adora pensando en otra persona.

Él:

—¡Pues maldito sea yo si, cuando salgas de aquí, no te he hecho olvidar por completo!

—De acuerdo.

Su vello dibujaba sobre sus muslos dorados rosas negras como las que se veían esparcidas sobre los muslos de Malatesta, como las del pelaje de las panteras, y en el momento en que se lo comenté se lanzó sobre mí y me mordió en un hombro. Por más que intenté defenderme, me dio la vuelta por completo hasta ponerme boca abajo, y su rostro se amoldaba tan bien a mi nuca que lo veía mejor que estando de frente, cuando de pronto, sin saber cómo había sucedido, me encontré clavado por su aguijón. Entonces, mientras me poseía, seguro de que no me liberaría, apareció por detrás de mi brazo su boca, sensual, succulenta, como una granada entreabierta.

Nunca antes había sentido al mismo tiempo una dulzura tan apacible y un dolor tan cruel. Hasta tal punto el suplicio y el placer se exaltaban el uno al otro que me daba lo mismo vivir que morir, y se lo dije. Terminé por olvidar el suplicio para concentrarme en el placer.

—¡Dios mío —murmuró—, qué estrecho es el pasaje!

—¡Dios mío —grité—, qué duro y exigente es quien pasa, y qué apresurado y cargado va su séquito!

—Si me desgarras tu anillo, que yo desgarré a mi vez, no me lo agradezcas a mí más que a ti mismo. Es un dolor agradable, ¿soy el primero en dártelo a conocer? Recíbelo como si te dotara, por arte de mi varita mágica, de un segundo sexo.

A estas palabras sacramentales, unidos nuestros labios, les siguió una terrible embestida que aceleró su avance, y rodamos fuera de la cama, sobre el parqué, donde ya no se distinguían sus miembros de los míos, donde no formábamos más que un extraño nudo de raíces entrelazadas. Apenas entreabrí los ojos, nuestras voces se unieron en un grito desgarrador: su dulzura se derramaba dentro de mí, mi dulzura inundaba sus manos.

—Finalmente —le dije—, has logrado que ya no sea solamente un hombre. ¡Tiresias! ¡Tiresias!

Y él:

—¿Cómo has podido esperar tanto para conocer esta metamorfosis?

Le conté que, cuando tenía más o menos veintitrés años, se cruzó en mi camino un muchacho extraordinario que desempeñó

para mí el papel de una mujer. Lo llamaba «Boca de Marfil». Nos habíamos conocido en el Teatro Francés el día del estreno de *Bagatelle*. Por entonces yo lo ignoraba todo con respecto al vicio, y él me había iniciado en la sodomía, aunque para someterse a mí. Durante un año entero vivimos juntos, y en todo actuaba él como una amante para mí. Pero una noche recibió un telegrama de Bonn conminándolo a abandonar París, evidentemente por mucho tiempo, quizá para siempre. Le había regalado un anillo con un rubí, a cambio de los ópalos con que él me había obsequiado y que no abandonaron ni por un instante mi mano mientras duró nuestra relación. En nuestra última vez, acabábamos de hacer el amor como de costumbre cuando sus ojos empezaron a brillar como nunca antes los había visto, y se lanzó sobre mí con una violencia bestial, salvaje. Sin advertírmelo, sin prepararme para ello y sin la menor consideración, acababa de someterme del modo en que yo solía hacer con él, como si hubiese querido dejarme su marca, imprimir en mí su firma indeleble antes de nuestra separación definitiva. Por desgracia, durante más de un año estuve enfermo, y una suerte de horror hacia aquel gesto me impidió toda mi vida considerarlo algo agradable.

Solemos vernos, Richard y yo, los jueves. Y ahora, de un jueves a otro, ya no tengo vida, tengo la sensación de avanzar por un túnel subterráneo buscando la luz del día.

Apenas si intento moverme, respirar, por miedo a alterar las cosas, a impedir con mis actos el funcionamiento de algún frágil engranaje cuya misión sea garantizar la correcta marcha del mundo. ¡Basta con que en su vida o en la mía suceda un accidente imprevisible, que su reloj o el mío atrasen o adelanten de repente, para que corramos el riesgo de no encontrarnos! En las circunstancias que rigen sus pasos y los míos, basta con que un obstáculo se deslice entre nosotros para que nuestra aventura termine.

Tan sólo conozco su nombre, y él el mío. Sé dónde me espera entre las dos y media y las tres, un día preciso entre siete, eso es todo. Podrían quitármelo cinco minutos antes de que llegue. ¡Es tan bello que basta con que descubra en el intervalo a alguien más

agradable que yo! ¿Por qué dudé en el momento de decirle mi nombre? Seguramente, por entonces mi libertad me importaba más que él. Pero ya no. ¡Qué equilibrio tan difícil de mantener! Quiero controlarme y ya no puedo hacerlo.

Hoy he tenido noticias de Jean-Jacques, del pequeño Louis y de Richard I. ¡El corro de mis muchachos!

Lo que me atrae de Richard II son los detalles de su vida. Por ejemplo, me cuenta que, por tarde que vuelva por la noche, el criado de su amante no se va a la cama sin antes haber tenido el placer de arroparlo. (Su amante, que lo mantiene como a un príncipe, se encuentra de viaje.)

Alrededor del cuello lleva una cruz antigua de oro macizo, sus ropas provienen directamente del sastre del rey de Inglaterra y cada jueves, hacia las tres, me espera entre los rufianes que algún día lo matarán para robarle sus calcetines de seda, sin olvidarse del resto.

Es lo bastante atento como para no ocultarme el placer que le provocan nuestros juegos. Nunca el menor atisbo de chantaje, de suficiencia o de cansancio.

Su belleza ha alcanzado ese punto de madurez que yo busco, a medio camino entre el adolescente y el hombre ya hecho; posee más virilidad que gracia, es velludo, pero su pelo alocado, dócil, ligero y disperso no apaga ni desmerece la gracia de sus formas, apenas cubiertas por él como si de una pulpa se tratase. Diríase que siempre está como recién salido de un baño.

Lo que me divierte del amor entre hombres es observar el aspecto mecánico de los gestos, el lado clínico y simbólico de los actos, cuando los vasos se comunican entre sí y el sexo adquiere de buen grado las formas de un alambique, para realizar experimentos a los que no les sería ajena una búsqueda misteriosa, análoga a la de la alquimia.

Es la alquimia del placer.

¿Por qué, se me reprochará, no permitirle invadir el espacio, ver

a este Sol tan sólo una vez por semana? Disciplina de los astros, que saben lo que pueden hacer juntos, a qué distancia deben mantenerse para no correr el riesgo de extinguirse, de quemarse el uno al otro y poder así avanzar largo tiempo en compañía. De hecho, nada es tan maravilloso como cuando obedecemos fielmente la Ley que sugiere dudar siempre entre la suprema audacia y la discreción, sin ceder nunca ni a ésta ni a aquélla.

Cuando mi mano ciñe el cuello de su odre rebosante de leche, él cierra los ojos, como cuando se asfixia a una paloma.

Incluso mucho después de haber estado con él, evito tocarme, por miedo a borrar el rastro que deja en mí.

Oímos a los rufianes jugarse su dinero detrás del muro.

Yo: ¿Y nosotros qué nos jugamos?

Él: La vida.

Richard:

—Sí, tu Sol te atravesará con su rayo todos los jueves, como hemos convenido.

Por conmiseración, sólo me afeito la barba cuando voy a verlo. Sólo me interesa estar presentable una hora por semana. El resto del tiempo, los demás no me interesan.

De aquel poderoso Árbol cuyas raíces se esconden en él y cuya copa en mí, cuánto le gusta a mi mano encontrar los pesados frutos suspendidos en nuestros flancos, sin que podamos discernir ya si pertenecen a él o a mí, al igual que ignoramos si un árbol pertenece más a la tierra donde está arraigado o al cielo en el que se expande.

Lo que más disfruto es el momento en que su rostro alterado muda de color, al tiempo que pasa de la crueldad más salvaje a la languidez más dulce.

Se va siempre sin que yo lo vea, al igual que desaparecen los fantasmas. Estaba aquí, tan real, y luego, nada. ¿Cómo es que se ha

ido? Lo busco aún con la mirada, pero su forma permanece en mí y su voz húmeda todavía me habla cuando ya no está.

Cuando digo que su forma permanece en mí, no es una metáfora. Al igual que la tierra recientemente labrada conserva el recuerdo del arado, durante largo rato mis carnes palpitan, contrayéndose. Una sensación que no es comparable con ninguna otra. En ella encuentro la frescura de mis primeras emociones. La expresión de mi rostro ya no es la misma.

Guardaré para siempre la imagen de mi cuerpo pálido, ayer, las piernas en el aire como en los descendimientos de la cruz de Rubens, deslizándose junto a su cuerpo, de piel más oscura, yo tan flaco y espigado, él más grande, más fornido. Y su cabeza, que veo surgir entre mis pies, en el otro extremo de la cama, sus tobillos, que presionan contra mis sienes, girando para hacernos caer al vacío, y estoy abajo, él arriba, esbozando durante largo rato una mueca adorable que, de golpe, se distiende, en el instante en que se dispone a lanzar un grito al que respondo con lágrimas de felicidad.

Por la noche, cuando me despierto, tengo miedo de mi cuerpo. Aún no me he acostumbrado a lo que le sucede. Lo primero que siento es asombro, que da paso ya a un estupor admirativo, ya al pánico. ¡Tiresias! ¡Tiresias! ¿Cómo volver atrás? ¿Cómo conjurar las consecuencias de esta magia ceremonial? ¡Heme aquí, treinta años después, tras haberme negado toda mi vida a ello y sin haberlo previsto, transformado en mujer! Me río pensando que mis caderas han servido a acciones que ahora no me provocan sensación alguna, como hace apenas unas semanas. Soy sin duda hombre, pero también mujer. Al mirarme, los hombres sienten sin saberlo una turbación que me transmiten.

Deseo, inocente de mí, detener a los transeúntes para contarles mi aventura: «¡Ah! ¡Si supierais lo que me sucede!».

Mis miembros están impregnados de un sudor nuevo al que no estoy acostumbrado. No tiene la misma acidez. Mi médula, mi sangre, han cambiado. Un extraño perfume de ámbar emana de mí y me adormece.

No hay manera: haga lo que haga, me encuentro galopando debajo de él, con el recuerdo de su espolón en mi carne, como un

sello. Deberían poder oírme jadear, así sujeto. A veces, mi delirio me acomete en medio de la conversación más seria o la más banal. Bla, bla, bla. ¡Hop! ¡Hop! Su voz me azota y mi interlocutor me pregunta qué me ocurre.

—Oh, nada, no es nada. Sólo Richard, que me posee de nuevo.

—¿Richard? ¿Quién es Richard?

—Mi demonio.

¡Juventud dichosa!, que no tiene nada que esconder y para la que mostrarse desnudo es una gloria natural. No bien nos quedamos solos, Richard deja caer su ropa en torno a él, como hace la serpiente cuando muda la piel. Desde el instante en que está a solas conmigo, ya no es él, es un dios. El éxtasis comienza. Richard me lanza, me precipita a ese éxtasis. Sus formas son redondeadas, y su piel tiene la textura de un joven gamo. De rodillas frente a él, me siento hendido.

Aquella noche, cuando se aprestaba a verter su simiente, le entró la curiosidad de verse mientras estaba dentro de mí, de medir con su mirada nuestra unión, su potencia y el alcance de su estocada; también mi profundidad. Y mientras se separaba de mí y se inclinaba sobre mis riñones, pude distinguir de perfil, al darme la vuelta, su torso de león, sus pechos duros, tan hinchados por el orgasmo que se acercaba, que compartían, que una gota de leche surgió de una de sus tetillas. No, en la confusión de nuestros cuerpos, nada podía emocionarme más que descubrir todas esas eclosiones a la vez, de las que sólo pueden dar cuenta los cataclismos que cambian el curso de las cosas en la naturaleza. «Eso» estalla sin previo aviso y uno se halla de repente completamente conmovido, transmutado. Sin duda, para que esto suceda, es importante no hacer trampas, no tratar el placer a la ligera, sino como una iniciación constante y constantemente renovada en los misterios más sagrados.

Hemos desnaturalizado la Naturaleza al intentar suprimir la

multiplicidad, con el pretexto de que el Mundo es uno solo y de que sigue una dirección única. Los griegos jamás pensaron que «las Potestades divinas» a las que veneraban no estuvieran sometidas a la Necesidad, y no porque el monoteísmo haya triunfado esas Potestades temibles y adorables han dejado de habitar la Tierra, el Aire y las Olas, presentes también en nuestra sangre, que las drena. ¡Viva Dios! ¡Vivan los dioses! Sólo podemos comprenderlos si los consideramos tifones, terremotos, erupciones volcánicas, géiseres, que encuentran su equivalente en nuestros miembros, en nuestras pasiones, en nuestras metamorfosis privadas, y cuyas leyendas mitológicas no son sino una suerte de prefiguración sublime.

Trastornado, exaltado, así me encuentro. Más aún, labrado; lo más profundo de mis entrañas queda expuesto de pronto a la intemperie, bajo el cielo, bajo el sol; con los nervios a flor de piel, me siento listo para lúbricas floraciones. Ya noto oprimirme, pesarme los frutos que crecerán en mí. Adivino su forma, su volumen, su contenido, su sabor. Richard es el padre de esos frutos. Basta con que pose mi mirada sobre sus hombros desnudos o sobre el latido de su vientre, para asistir al comienzo y al fin del Mundo, que se renueva, que vuelve a la vida en mí bajo su poder cada jueves.

La semana se divide en dos partes: de jueves a domingo vivo de recuerdos, el corazón henchido de audacia. De domingo a jueves, la esperanza me lleva a la vera del río Amor, donde rejuvenezco.

Nuestro comportamiento es irreprochable, y si en medio de la batalla se nos escapa alguna incongruencia, la intimidad que autoriza tales libertades no resulta por ello sino más excitante. Nos decimos que una seguidilla de pedos jamás eclipsó la belleza del trote o del galope de un caballo.

El placer sólo es realmente soportable en el paroxismo. En ese punto, nada desentona. Todo sucede bajo el amparo de la emoción. Cada gesto, por inconfesable que sea, tiene una explicación, una excusa, en otro lado. En lo que a mí respecta, ningún gesto requiere explicación; es autosuficiente, se justifica a sí mismo. La

obscenidad, en sentido propio o según la convención, me es ajena, o es algo diferente de lo que el hombre común piensa de ella. Por añadidura, tras cada posición que ella inspira, tras cada palabra que ella sonsaca, la voluptuosidad atañe a tantas cosas que la exceden, a fábulas que lo atraviesan a tal punto todo, que ya nada puede rebajarme, embrutecerme o envilecerme menos. En ese momento me siento más cerca de los dioses. Todo sucede ante mis ojos en el Empíreo.

Cuando me dijo, por ejemplo, tras haber hurgado en mis entrañas y haberme dado la vuelta, clavado a su espolón de acero como un ajusticiado en el potro del tormento; cuando me dijo, por ejemplo, tras ponerse de pie y, sin soltarme, hacerme girar de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, mi cuerpo aún unido a su flanco, mis miembros separados como las aspas de un molino de viento; cuando me dijo, por ejemplo, tras demostrarme de todas las formas posibles hasta qué punto estábamos soldados el uno al otro, hasta qué punto yo estaba sostenido por un clavo, hasta qué punto él me sostenía mediante una sólida clavadura; cuando me dijo, por ejemplo, casi con odio, su boca llena de saliva frente a mis ojos:

—¡Eh! Mira cómo te jodo...

¡Pues bien!, no hablaba solamente de lo que sucedía, de lo que parecía suceder entre nosotros, sino de lo que sucede entre las fieras en los bosques, o en los infiernos entre los demonios y los condenados, al igual que en el firmamento entre los astros.

Un fuerte dolor en la ingle... ¿Me habrá herido de muerte? Mejor así. Herido, le sonrío. Tensa tu arco una vez más y acaba conmigo.

Y como siempre, lo único que nos permite reencontrarnos es la fidelidad de cada uno a nuestras citas de los jueves.

Me siento afiebrado pero enamorado, es decir, enfermo y sano a la vez. ¿Cómo caer cuando todo nos pone de pie? Imposible siquiera dormir sobre esa hoguera. La nieve de mi grupa se derrite al tiempo que se fija. Nada tan exaltador como esta muerte y esta resurrección

intermitentes y casi sin intervalo.

El miércoles, tengo tanto miedo de sufrir que sufro por ello, tengo tanto miedo de no poder ir a donde me esperará al día siguiente, o de poder ir pero con el cuerpo o el rostro dañados, que todos mis gestos, a fuerza de parecerme un deterioro inútil, me hacen daño, que todas mis palabras, a fuerza de parecerme un gasto inconsiderado de valiosas energías que debo guardar para él, me hacen dudar en sacudir la cabeza, en advertir: «¡Te estás agotando!». Y me abandono.

Introducimos en la economía del placer propio un nuevo elemento, imprevisto, que cambia de súbito el orden de las sensaciones, que modifica todas las costumbres del cuerpo.

Ya nada de lo que bastaba para contentarnos se nos antoja deseable, toda una parte de uno mismo queda abandonada en un instante. Otra cosa, para la que todavía no estamos preparados, toma el relevo, sorprende hasta desequilibrar el organismo. Casi lo deja en suspenso, rompe el mecanismo que lo sostenía.

El resultado es una lasitud, un cansancio que lleva a la maquinaria a una suerte de exasperación, es decir, a un punto muerto, que se traduce ya en un sueño cercano a la catalepsia, ya en un insomnio invencible, en un estado de vigilancia agudo y perpetuo.

Casi anciano, descubro el amor de un muchacho que me devuelve a mis veinte años, en el instante mismo en que tengo la sensación de que una hora junto a él me quita un año de vida; pero los dioses saben que en dichas ocasiones no negocio.

Y pensar que he esperado hasta la sexta década, o casi, de mi vida para osar una experiencia tan fabulosa; es como si, la víspera de bajar a la tumba, uno cambiase el sentido de todas las preocupaciones.

¡Y lo que es maravilloso es la vida que llevo, regular, irreprochable, admirable en lo que respecta a la conciencia y a la delicadeza en la realización de todos mis deberes, en medio de tal marasmo!

Si de repente cayese en la cuenta de lo que me sucede, ¿qué me sucedería?

¡Oh, esa simpatía absoluta que se ha erigido, como un sol exclusivo en medio del invierno, entre Richard y yo!

Y un día, el primero de la primavera, no vino. No nos vimos nunca más.

Philippe

La dicha es frágil. Al acercarse a ésta, el corazón palpita. Pero así, rodeada de peligros, la rosa no es sino más emocionante de coger. Aparto las espinas, sin olvidar la fórmula mágica para conjurar la mala suerte. La puerta se abre y, como si él ya estuviese aquí, exclamo para mí:

—Te he traído una sorpresa.

Nadie, o a lo sumo un criado.

Las tres y cuarto.

Ya no vendrá.

Las tres y media.

Alguien llama a la puerta. Un desconocido, designado para consolarme, se presenta ante mí:

—Me llamo Philippe.

Es tan bello que merecería ser Alejandro Magno. Su rostro se parece al de los jinetes de la Acrópolis; el mentón tiene una hendidura profunda, como una segunda boca.

Un golpe bien urdido...

Jean Beige pensó: «Esos dos se aman demasiado para no irse a vivir juntos. Si ocurriera así, perdería a mi mejor cliente». Y ha despedido a Richard, sustituyéndolo por Philippe, que se me ofrecerá y reemplazará al otro, a quien no le permiten verme.

Pero el hechizo se ha roto. La belleza del mensajero, quien lo exige de mí todo y cuanto antes, ha hecho el resto.

Como Alcmena, enfrentada a innumerables perplejidades, ignorando ya quién es su marido, aunque me sea imposible confundirlos, tomo sin cesar al uno por el otro, con un impudor que me perturba.

El Único ha dejado su lugar a un segundo, poseedor como aquél

de la lanza milagrosa. Philippe ha sido capaz de realizar el mismo gesto que Richard, y quizá lo hace mejor que él, quizás es más hermoso que él.

Con una corona de vergüenza sobre la frente, no menciono mis entrañas vueltas del revés, removidas, turgentes, colmadas, irritadas, hirvientes, inquietas, como si fuera a dar a luz a un dragón, o a Hércules.

¿Quién de los dos será el padre?

Júpiter, por supuesto.

Notaréis que estoy bromeando.

Es cierto que ahora es el rostro de Philippe, con mucha mayor frecuencia que el de Richard, el que me visita. Entre dos sueños, es a él a quien distingo de inmediato, inclinado sobre mí, como una de esas figuras de piedra que he mencionado, pero vivo y acuciado por su espolón mi deseo me arrastra al galope con la presión de sus fornidos brazos blancos, que me sostienen como a una montura debajo de él. Pero ¿qué digo? Nadie sabría jugar al centauro mejor que nosotros.

La comedia sucede a la tragedia, y como ya no puedo tomarnos en serio, o con cierta seriedad, ¡qué importa lo que ocurra! La pasión por el uno cedió a la curiosidad por el otro, y me sería mucho más fácil renunciar a ambos que a uno solo.

Rozar permanentemente, evitándolos, los peligros más extremos, eso es vivir. Una distracción, un paso en falso, y todo está perdido. Atentos, esquivamos la trampa. Alertas, estamos ya lejos de ella.

A veces me pregunto si Philippe no será más bien el Caballero del Apocalipsis grabado por Durero. Tiene su misma máscara impasible. Desnudo, se le parece aún más que si estuviera bajo la armadura.

En el momento en que me anunció que iba a abandonarse al placer, lo observé. ¡Ah, ese gesto crispado! Una palidez lívida se instaló alrededor de sus orificios nasales palpitantes, y sus labios se

torcían, reverdecidos como volutas de un jarrón de bronce en plena fusión. Las lágrimas empañaban sus ojos y el grito que emitió no expresaba sino dolor.

Nunca antes un rostro me había provocado la sensación de llenar cada rincón de mi mirada. No quedaba lugar para nada más y, aunque lo intentase, no lograba ver otra cosa que él. Nada podría borrarlo.

Un joven Antonin Artaud de cimientos más sólidos, un esqueleto de hierro color de cardenillo, de músculos de acero azul delineados bajo su piel fina. Más masculino de perfil que de frente, a causa de la prominente barbilla, atravesada por su marcado hoyuelo.

¿Sospecha en mí una inclinación a las alucinaciones visuales? Estoy convencido de que la intención de Philippe es exaltarlas y que todo en su figura lo ayuda a ello. Todo adquiere su forma y su rostro, como si él se engendrara en mí hasta el infinito. Todo lo que yo toque o mire lleva la impronta de su cara.

El otro ya no existe.

Élise, como si sospechara lo que sucede, insiste en perseguirme con su ira. Liberado de la preocupación de fingir, hago como si ella supiera que estoy enfermo porque Philippe me ha dejado destrozado.

Hoy me he llevado aparte a Jean Beige y le he dicho:

—Es usted un digno sucesor de Albert. ¿No será su sobrino?

—No, una vez, hace tiempo, cuando todavía estaba en la calle Saint-Agustin, quiso dar un paseo por Bretaña y me dejó a cargo de su establecimiento. Como a su vuelta le di más dinero del que jamás había obtenido de sus clientes, me dijo: «Acuérdate, chaval, de lo que voy a proponerte, a prometerte. Ya sea mañana o dentro de veinte años, cuando esté a punto de morirme, ven. A ti te cederé mi negocio. Eres responsable y sabes de dinero». ¡Pues bien! Quince años más tarde, alguien me dijo que Albert estaba enfermo. Acudí a verle y él cumplió su promesa. Pero no estábamos emparentados.

—Jean —le dije—, sin usted no hubiera vivido mis mayores alegrías.

Él me tomó la mano y yo lo besé.

A veces creo que estoy muerto. Las persianas de mi estudio permanecen cerradas. Mis palomas van de un piso a otro, perdidas. A lo lejos, Richard y Philippe se disputan mi amor:

—Te digo que me quiere a mí.

—No, muchachos, no prefiero a ninguno. Si a ti, Philippe, te adjudicara los martes, y a ti, Richard, los jueves, la semana pasaría más rápidamente. Eso es todo.

Todo está ahí, más vale que se produzca la unión entre el aparato digestivo y el resto, o abandonaré mi cuerpo antes que renunciar al placer.

Philippe posee la habilidad de dar a sus frases un dejo de reproche disfrazado, por lo que, con él, uno está siempre nervioso.

Philippe:

—Los que merecen el honor lo evitan, y los que lo obtienen no son dignos de él, lo que equivale a no haberlo obtenido. Éstos merecen más bien una paliza. El placer es tan escaso como el amor. Exige demasiados cuidados y desapego. ¡Oh, la comedia del placer, sin duda! ¿Quién no juega ese papel, sino que intenta conocerlo?

5 de marzo del 47

De pie a las cuatro. A las cuatro, sentado a mi mesa de trabajo. Cuando se llega a los confines del júbilo y del dolor casi al mismo tiempo, se está como perdido, sin saber cómo aclimatarse. Ayer, por ejemplo, tras ese almuerzo del que sólo me importaba lo que vendría después, viví una vez más un intercambio de caricias que parecían mutuamente saboreadas, pero no fue sino para encontrarme después en el Infierno, como si Élise tuviese la misión de hacerme expiar todos mis placeres.

Existen, en efecto, goces tan horripilantes que sólo puede permitírseles quien haya llegado a lo más alto o quien haya caído en lo más bajo, y de hecho no más el primero que el segundo; nada puede degradarles ya más.

El monumento de mis huesos ha quedado tan maltrecho por las últimas tormentas que lo siento flaquear por momentos.

13 de marzo

¿Siento restallar banderas al otro lado de mis ventanas?

No, sólo son las alas de mis palomas.

Mientras lo espero:

—La dicha no puede llegar más lejos.

Almuerzo interminable en el curso del cual P. L. me ha dicho que, haga lo que haga, siempre seré amable.

Jean P.:

—Parece que una sombra negra oscurece tu corazón.

Apenas terminada la comida, heme aquí en esta habitación desnuda, oscura y estrecha, esperándolo.

¿A quién? ¿A Richard o a Philippe?

Y ha sido Philippe, tan bello, de una tonalidad adorable. Dulce y fuerte, súbitamente bruto a voluntad. Un bruto es más indicado para lo que debemos hacer.

Actor, vive como si actuara, como si estuviera en el escenario, pero sin saber de quién es la obra ni dónde debe situar, siquiera por aproximación, a mi personaje. A medida que avanza, improvisa. Yo no le soplo sus réplicas. Lo llevo a encontrarlas.

Le pregunto, por ejemplo, si ya ha escuchado y hablado antes el mismo lenguaje que utiliza conmigo.

—No —me confiesa—. Es la primera vez.

Entonces le propongo que seamos el uno para el otro, a fuerza de atenciones afectuosas, como un dios para otro dios. En el momento de una felicidad más carnal, sus ojos se llenan de lágrimas, sus fosas nasales palidecen, sus labios se tuercen y reverdecen nuevamente. ¿Es acaso un efecto repentino de la temperatura que genero? Ya está listo; entre mis manos, su rostro se transforma en una máscara de bronce.

La estupidez de Philippe nunca es una carga, es una estupidez de

palafrenero. Une a su rudeza la dulzura necesaria para no permitir jamás que uno sienta su brutalidad; como un aceite de nuez entre nosotros.

No sabría decir de qué deferencias modestas, de qué atenta humildad me rodea para hacerme daño, un poco como los verdugos que en los cuadros del Greco parecen venerar los miembros de aquellos a quienes deben torturar, lastimar, o como los jockeys que deben fustigar los corceles que montan, cuyo precio y delicadeza los convierten a sus ojos en animales casi sagrados.

Sólo me posee colocándose de rodillas, con mis piernas alrededor de su cuello. De esta forma su rostro queda expuesto sobre mí, con los párpados entornados, hasta el momento en que la dicha lo asalta y me invade a su vez. Entonces abre los ojos, enormes, unos ojos grandes de color pervinca cuya ternura se vuelve en ese instante aún más punzante porque su boca se frunce cruelmente, se retrae, un poco como una ostra viva cuando la molestan en su guarida. Después, sólo me queda hablarle de aquella mueca para que sonría, pero de la forma en que sonríen los animales dormidos al recordar en sueños la voluptuosidad.

17 de marzo del 47, cinco de la mañana

Cuando examino la lista de mis trofeos me quedo estupefacto, confuso. No sabría decir si más lleno de virtud o más escandalizado. Tantas fuerzas como debilidades.

La voluptuosidad me conmueve en la medida en que se parece a una tragedia religiosa que pone en movimiento toda la potencia de los abismos y del Cielo.

Sólo gracias a ella vivimos los misterios de la mitología, sólo gracias a ella cada uno realiza eficazmente sus propias y múltiples metamorfosis.

Esperar a quien se ama. ¡Qué delicia! ¡Aunque debamos pagarlo con todo el sufrimiento! Amor, vida, mi Árbol, con su flor y su fruto, viene desnudo a completarme. Todas las humillaciones que

sufro a lo largo de ese camino, todos los riesgos, no cuentan. Qué felicidad la de pisotear, la de hollar mi gloria como a una alfombra para encontrarse en este tugurio, al fondo de la cueva húmeda donde nuestras raíces se confundirán. ¡Ah! ¡Si supieras desde qué altura desciendo a veces para alcanzar ese desfiladero deshonroso por el que pasarás, en el que te seguiré, en el que te apoderarás de mí entre dos murallas que asisten cada día a autos de fe similares!

¡Oh! No quiero desmayarme, pálido de deseo, antes de haberte visto aparecer una vez más delante de mí, Philippe, para nuestra cita.

Ha esperado tres cuartos de hora y se ha ido, murmurando que yo no iría.

Cuando llego, una hora tarde, ya se ha ido. Heme aquí triste, abandonado. Y qué error haber creído que lo nuestro se prolongaría indefinidamente. ¡Richard! ¡Philippe! No son sino demiurgos, mitos, apariencias.

El enano

Ocho días. Ha vuelto. No hay zona de su cuerpo que mis labios no hayan recorrido, pero apenas se ha dado la vuelta, sin saber cómo, he pedido que me envíen a otro. ¡Que aprenda! Mi única excusa es la embriaguez de sensaciones en que me ha dejado. Simplemente, ya no me satisface «todo». Necesito aún más. ¡Cuidado! A causa de este vértigo, de esta exigencia, adivino que, al no conformarme ya con nada, volveré a la Sensatez. Tiresias duda entre sus dos rostros.

No importa. He sido dichoso durante una hora. ¿Por qué, cuando él ya no está, la Tierra ha de convertirse en una tumba para mí? Mientras pueda sentir detrás de mi oreja el aliento caliente de un ser vivo, ¡alegría! Y sin duda no era Richard ni Philippe, sino uno cualquiera, una especie de animalito velludo, fornido y patiocorto, pero amable, ágil, tierno, de ojos brillantes, labios húmedos, dócil y fuerte, según se desee.

Nada es tan capaz de curarle a uno absolutamente de todo (es pura magia), nada es tan capaz de transformarlo todo en nada dentro y fuera de uno, como la infidelidad.

La infidelidad es la fidelidad que la nada le guarda a la nada.

Puesto que cualquiera hubiera podido obrar el Milagro, ¿qué parte le correspondía a Richard, qué parte a Philippe? El hechizo sólo estaba en mí, en mi imaginación, que les otorgaba importancia.

Entonces, ¿por qué no quedarse solo? Solo, yo solo, valgo más que todos, porque nadie es indispensable, porque todos no son sino «el Otro», intercambiables hasta el infinito.

Me lo han dicho:

—Detrás de todos los rostros, tú sólo amas «al mismo».

Pero ¿de quién se trata?

En la voluptuosidad, como en todo lo demás, uno está a solas con su Sueño. Philippe y Richard no son sino encarnaciones de mi Doble, al que me uno en busca de una identidad.

Me faltaba poco para estar ebrio, pero el dueño del local ha estado muy delicado. Me señala de lejos un muchacho bastante alto, me dice que me lo envía y, mientras avanzo a través del bosque de palmeras donde será la cita, me encuentro ante un Enano tocado con un sombrero de ala ancha y con un paraguas bajo el brazo. Una vez retirado el sombrero y los guantes y el resto, no me sentí defraudado. ¿Se debió quizás a aquellas plantas verdes gigantes con aspecto de selva? Desnudo, el Enano era todo vello. De las rodillas a la cintura y sobre el pecho, no se le veía la piel, como si me encontrase frente a un gorila o una bestia parecida. Su voz semejaba un gruñido sordo, y de repente se puso a andar a cuatro patas; luego a cinco. Nunca antes había tenido la ocasión de encontrarme frente a una bestia que fuese hasta ese punto un hombre, un hombre que pareciera hasta ese punto un animal. Sus nalgas desaparecían bajo su pelambre negra como bajo una falda sedosa que se espesaba en la juntura de sus muslos y en la entrepierna, delante y detrás, de manera que los testículos, recios y soldados al cuerpo, sólo eran visibles en ciertos movimientos y el miembro se bamboleaba como el sable de un húsar.

W. me dijo: «Le envío a Georges», y cuando le pregunté bajo los árboles su nombre al Enano: «Soy Paul». Ha habido un error, me digo, pero no, ya que Paul ha hecho las veces de Richard y de Philippe tan bien como lo hubiera hecho Georges en su lugar. Por lo tanto, nadie era necesario para mi dicha. Cualquiera, o casi, bastaría. Qué humillación para mi corazón, por el sentimiento que creía profesar hacia uno solo. ¡Adiós, exigencia! Bajo la multitud de sus rostros, amo al «Hombre».

¡Y ahora sé lo que es un Sátiro, con ese calzón de pelos, con ese trasero barbudo! Cuando se abalanzó sobre mí tuvo que apartar un taparrabos natural, y así, al tiempo que obtenía algún placer, soñaba obtener otros, tan sólo arrepintiéndose de no poder

obtenerlos todos a la vez, y me miraba como si tuviera frente a él una máquina.

Ayer, al entrar en el local de Jean Beige, le dije al criado que me recibe cada jueves y al que creía escandalizado:

—¡Ay, William! ¡Soy un monstruo!

—¿Usted, señor? ¡Ah! ¡Si todos los monstruos fueran como usted, el mundo sería más habitable!

Pasífae: Ahora ya sé lo que son el Toro y la Vaca de Minos, y toda la familia, el laberinto entero (no sólo hay uno en el oído; todo el cuerpo es un laberinto). El hilo de Ariadna se desenrolla, se hilvana, se anuda, se extiende en nuestras propias entrañas.

Sea.

No sé qué es eso tan subterráneamente dulce y amenazador que ocurre en mi interior, y si me toca morir, ¡pues mejor!, y tampoco sé qué cosa tan soberanamente monstruosa nacerá de mí.

Todo lo que me interesa en la vida es ya el placer obtenido. No pediré perdón a nadie por ello.

Pierre

Ayer, Pierre estuvo cariñoso tras esos potentes músculos oprimidos, según decía, por la ropa ajustada. Conoce mi predilección por Philippe y Richard, y no los criticó. Alabó su cultura, su distinción, superior a la suya:

—Es muy sencillo, tienen todo lo que a mí me falta. Sólo tú podrás decir si tengo lo que les falta a ellos —se lamentó, con la humildad de un bastardo que se aparta frente a los perros de raza, pero recompensé su generosidad con creces exaltando sus méritos más tangibles, todos bien reales.

¡Qué delicioso mundo encuentro en este recoveco del mundo, tan injustamente tenido por infame!

Sé que aquí soy..., ¿se puede decir en este caso «estimado» con orgullo?..., «amado» —sería más justo y considerado a la vez—, quizá «respetado». ¡Ah, la consideración de la chusma! ¡Inspirar respeto en los rufianes! He aquí un extraño y desconcertante valor, al que evitaré despreciar. Y es que nuestras virtudes nos siguen al burdel; nadie me confunde, en efecto, con la multitud de los aficionados. Allí soy «el Cicatriz» o «el Camisa Azul», al igual que otro es «el Hombre de las Cadenas», aquél «el Chacal», o un cuarto «la Petulante». Me consideran el cliente con el que todos sueñan, ni avaro ni tramposo, que conoce el precio de ser satisfecho, de una caricia bien hecha; a su vez, ellos no son avaros ni tramposos conmigo, con la esperanza de retenerme. Un juego legítimo.

Mientras me desvisto como suelo hacerlo, lentamente, lo observo a hurtadillas. Pierre, que en un instante se deshizo de su pantalón, su jersey y sus sandalias, ya desnudo me observa, echado en la cama, las manos juntas detrás de la nuca, con la secreta intención de excitarme desplegando sus encantos: las matas de pelo

de sus axilas y de su entrepierna dibujan un triángulo que enmarca la perfecta redondez de sus formas opulentas, como anudadas en los bíceps, los pectorales tirantes, las pantorrillas en forma de pera. Entre las piernas generosamente separadas se exhibe como uno de sus atributos más dignos un sexo admirable en reposo, como una enorme y negra maroma que pende sobre el flanco de una nave que zarpa hacia alguna fabulosa aventura.

En cuanto estoy listo, viene a buscarme, tira de mí y yo empiezo a temblar, a gimotear de miedo, a suplicarle que me trate con cuidado, que no sea brutal ni demasiado duro, como una presa bajo el buitre que la acecha o bajo el cuchillo que la sacrificará. Entonces inventa para mí apodos cariñosos mediante monosílabos ensalivados, de los que entiendo menos el sentido (habla un dialecto propio) que la amabilidad o la ironía, cuando no los condimenta de golpe con groserías, en este caso inteligibles, o con alguna amenaza que me paraliza de horror. Al mismo tiempo, su mano me toca en el lugar preciso, sus caricias me excitan y me calman, poco a poco rodea mi cintura con su sólido brazo, que pesa sobre mis caderas, y de repente me atrapa y me oprime. Su rostro se eclipsa, lo siento descender a lo largo de mis riñones en busca de profundidades que visita como si estuviera en su propia casa. Al paso de sus dedos, luego de su lengua, me distiendo. Surge la confianza. Apenas he sentido en mí su calor, su rostro remonta de los abismos. Siento cómo roza cada una de mis vértebras al pasar, una tras otra, y entonces me muerde la nuca y siento su cuerpo extendido a lo largo del mío, sus tetillas sensibles sobre mi espalda, y la punta cuadrada de su falo, que bate contra mis nalgas como para hacerme sentir su dureza, que duda aún en el umbral antes de finalmente atravesarme de una estocada. Bien amarrado, tras un largo paseo al trote, con un golpe de caderas me da la vuelta, y con mis piernas pasadas como un collar alrededor de su cuello puedo contemplar entre sus hombros, que me ocultan la habitación, una cara de Titán huraña que se balancea, pasando del insulto más cruel a las caricias, de una expresión de dolor a la beatitud, antes de fundirse de dicha. Con su boca unida a la mía, nuestros ojos se cierran al tiempo que su savia hirviente me inunda y la mía se derrama entre nuestros corazones, una hecatombe acogida con gruñidos interminables, como sólo sucede entre las bestias salvajes

que se aparean en los bosques.

¿Conocemos las misteriosas curiosidades que liberan en nosotros estos gestos extraños, inexplicables, que son las conquistas del placer? Dependen de un mecanismo del que sólo las mitologías poseen la llave, y allá quien los desprecie, por no otorgarles la gravedad ni la consideración sin las cuales no son nada.

Lo único que puedo decir es que sólo aspiro a perder nuevamente mi forma y mi semblante, a licuarme, para una vez más, con todos mis humores burbujeantes y entremezclados, por encima del desastre de mi ser, como un mar embravecido, ver emerger triunfante sobre su carroza, con la frente amplia y la espuma en los labios, a aquel Tritón cuya fisga me desgarrar.

No sé si era realmente necesario, si yo poseía la fe necesaria el primer día, pero acudí para probarme que también era posible con él. Hay en estas relaciones algo inverosímil, insolente, peligroso, que me atrae, que tiene más de asesinato ritual que de voluptuosidad pura. Las actitudes son desquiciadas, como en las bacanales, y a causa de ello el encanto queda proscrito en beneficio de la extravagancia, del frenesí.

Piedra angular de mi Cielo, cuánto me gustaría que pudieses desplazarte esta noche, como en la realidad, hasta mis sueños: poder aspirar tu olor, sentir caer en tromba sobre mi rostro tus pesados frutos, sobre mis ojos su frescura húmeda, bajo mi lengua el gusto de su corteza rugosa y geminada, suspendida de la rama indócil que abre las puertas de mis Infiernos.

Qué dulce, cuando estamos el uno frente al otro, saber enseguida qué debemos hacer, sin la menor duda, rápidamente adormecidos por el deseo. La boa no engulle mejor a su víctima, por

grande que ésta sea, ni la drosera a las suyas, ya que ahora tenemos la costumbre de someternos el uno al otro, el uno después del otro.

Una vez prefirió asir entre sus manos nuestros dos miembros, unidos como un ramillete, y así dormimos juntos, mi pecho tapizado de nuestras simientes, como nenúfares fosforescentes.

Aquella noche me dijo:

—Y pensar que contigo me divierto... Con los otros trabajo.

Tiene cara de malvado, una cara que según las circunstancias puede ser noble o infame, y algo torvo en la mirada, pero intrépido en su forma de colocar la cabeza ofreciendo la frente, preparada para lanzarse contra cualquier obstáculo. Nacido bajo el signo de Tauro, tiene un gran dominio de sí. Para quien no sea su querida o su enamorado, su boca, que cuelga algo flácida y siempre húmeda de baba, debe de ser de una bestialidad perturbadora, pero yo, que adivino lo que ese rostro y ese cuerpo pueden tener de temible, de horroroso en su furor, disfruto de la dulzura contenida de su sonrisa, que sigue siendo cruel incluso en los mejores momentos, y de la caricia desmañada de su enorme mano de estrangulador, que sólo necesita caer sobre uno en lugar de posarse para acogerlo, o cerrarse alrededor de su garganta para cortar la respiración para siempre. La ternura no es para él sino una concesión de la que se avergüenza, y por ello a veces sus actos toman un viso altanero, pero ninguna de mis atenciones le pasa inadvertida, y responde a cada una con un invento sublime de su inagotable sensualidad.

El momento más dulce es cuando lo sorprendo ya desnudo, de pie, esperándome desde hace rato a la hora señalada del jueves.

Todo está listo para el sacrificio salvo la víctima, que, por pudor, tarda en quitarse su venda.

Espada en mano, el Sacerdote ya se acerca, midiendo de lejos la fuerza del golpe que asestará a mi fragilidad, que tiembla de inquietud.

Tardará en borrarse la imagen de aquel mármol blanco como la leche que cobra vida al caer la noche. Qué sinceridad inmediata, casi irreal, que sólo sus ojos, escondidos tras las protuberancias, son

capaces de certificar. Ni un gesto obligado; ninguna palabra para recibirme, ni siquiera un reproche. La economía de gestos es tal que podría tratarse de una estatua, de un mudo. Ninguna prisa en acercarse, tampoco tardanza, y qué inmediata firmeza la de sus manos y sus caderas en el momento de pasar a la acción, es decir, de inmediato. Rodeos sólo sabios, reticencias sólo intencionales, para mantener alerta, para permitir al deseo exaltarse, a la vulva prepararse, abierta frente a la llave perfectamente dura y ardiente como hierro al rojo vivo.

Lo que me divierte, por lo insolente, es colocar ese encuentro clandestino en medio del día más ajetreado, entre las obligaciones más serias y las visitas a honorabilísimas personas que están lejos de imaginar por quién los dejo o de dónde vengo cuando llego a sus casas.

A Marie se lo conté, y su rostro cambió inmediatamente de color.

Nunca antes había vivido nada comparable al estado en que me dejan, a veces durante dos horas, los encuentros que tengo con Pierre. Me siento envuelto de los pies a la cintura por una faja de ortigas, virulenta hasta el llanto, como quien padece una neuritis o un herpes, y esta quemazón superficial no es nada comparada a la que parece consumirme las entrañas, donde él ha dejado una suerte de carbón ardiente, como si se tratase del Diablo. Este fenómeno no provoca en mi salud —que nunca ha estado mejor— efecto nocivo alguno, ni presenta ninguno de los síntomas que caracterizan a veces a las enfermedades venéreas. Es algo completamente distinto, y tampoco sabría decir si, a pesar de inquietarme, este martirio no colma mi dicha. Alguien capaz de marcarle a uno de manera tan profunda, ¿quién es en realidad?

¿Es nuestra imaginación la que somete al cuerpo a sus fantasías, o es el cuerpo el que predispone a la imaginación a prestarse a las suyas, la una y el otro un poco cómplices?

Recuerdo que, durante mi infancia, aquel que me inició en las artes del amor me enseñó un día el camino. Yo tendría unos doce años. Algunos inconvenientes me impidieron emprenderlo. Durante quince años olvidé lo que sin duda me enseñó «Boca de Marfil», pero su brutalidad me asqueó de ello hasta el umbral de mi vejez.

Fuiste tú, Richard, quien hizo caso omiso de todos esos titubeos, de todos esos fracasos sucesivos, y me brindó el placer al que aspiraba mi naturaleza secreta, pero tras Philippe sólo tú, Pierre, supiste llevar mi placer a su plenitud.

Hoy otra vez dejo sus brazos sintiendo como si hubiera rociado mis miembros de vitriolo. Este incendio me condena por mucho tiempo a una suerte de hiperestesia: tanta voluptuosidad, ¡oh, dolor adorable! De pie, desollado, todos mis conductos al rojo vivo, como si se derramase en ellos lava hirviente y, en lo más profundo de mí, aquella nieve.

De pronto tememos haber traspasado los límites de la Naturaleza, haber forzado su ser. Creemos cercano el río de la muerte. Nos invade una suerte de terror santo, sin arrepentimiento.

No, todo vuelve una vez más a su cauce.

De ahí a pensar que quizás hemos obligado a la Naturaleza a obedecernos, que la hemos sometido a nuestras exigencias, a nuestra extravagancia personal, sólo hay un paso, y consideramos una victoria sobre la naturaleza, o al menos una concesión de su parte, el no haber muerto.

Hoy, Jean-Pierre L. me ha dicho:

—No existen los puros y los impuros. Usted no es ni lo uno ni lo otro, y es las dos cosas a la vez. En este sentido no conozco a nadie que se le parezca. Quizá sea usted el último de su especie, quiero decir, que tenga una forma pura de concebir o de sobrellevar la impureza.

Le ruego que se explique.

—¡Pues eso! ¿Se debe a la elevación de sus puntos de vista o a la

grandeza de sus sentimientos? ¿No se deberá más bien a la presencia de un fuego, de una luz que a la vez los galvaniza y los transforma? Usted puede, sin daño alguno, familiarizarse con las pasiones, experimentar placeres que no le impiden avanzar o incluso crecer, y que en cambio obstaculizarían y limitarían a los demás.

Y sin embargo he admitido en mí algo diferente del sexo que se me otorgó el día de mi nacimiento, y siento su presencia, a veces en público y de manera violenta, como un escándalo fisiológico, y sin duda estoy orgulloso de conservar, después de esos desórdenes, una expresión imperturbable.

Y quizás, en el fondo, lo más extraño es que no muestre de forma más evidente los estigmas de mis catástrofes.

Qué hermosa medalla, en cuyo anverso están grabados dos perfiles divinos, mientras que en el reverso se entrelazan los miembros de dos bestias sin rostro.

Cuanto menos damos el tipo, más desafío, más mérito y más placer hay en conservarlo. Un donjuán aparentemente irresistible, un invertido que parece una mujer. ¡Venga ya!

Cuando ya nada funciona en mí ni a mi alrededor, los jueves siempre está él, lejos de todo problema.

Ayer me dijo:

—¿Ves?, el milagro es que ahora yo ya estoy hecho a ti y tú estás hecho a mí. Es como si fuésemos la mano derecha y la mano izquierda, que no pueden pasar la una sin la otra.

Sólo a partir de tales profundidades la voluptuosidad puede alcanzar el rango de religión.

Como hoy no hemos obtenido satisfacción al mismo tiempo, se entristece, cree que no haber tenido la paciencia de esperarme es «un acto» fallido.

Le digo:

—¡Qué importa lo que ha pasado hoy! ¡Nos hemos entregado ya

tantas veces el uno al otro como nadie podría hacerlo! ¿No eres acaso tú el que me transformó en mujer?

Entonces me llamó su Unicornio y nos quedamos largo rato con su enorme dardo clavado duro y entero en mí, con mis piernas en torno a su cintura de joven Toro; pero más dura aún era su mirada, clavada ella también en mis ojos, mientras sus bellos bañados de espuma oscilaban de nuevo encima de mis labios, sobre los que se limpiaba ligeramente de vez en cuando, como jugando, al pasar. Tan sólo la Bestia es así de ritual e íntima, porque sueña su vida por entero en el presente, completamente absorta en lo que hace, sin recuerdos ni futuro conocidos, incapaz de arrepentirse.

A veces dudo entre su rostro y la máscara de terciopelo que cruza su vientre, como sucede al enfrentarse a esa especie de monstruos que sólo existen de cintura para abajo.

¡Oh, agavanza del monte, fogosa y picante, que a veces florece, opulenta, cuando llego, en su bragueta entreabierta! ¿Está desnudo? Tímida, por entre la larga pelambrera negra apenas emerge la rosada lengua de mi caniche.

No estoy seguro de poder verlo hoy y ya lo deseo. Será necesario que concurren demasiadas coincidencias, y ya he sido satisfecho tantas veces que debo prepararme para no decepcionarme frente a un posible desencanto. Tal vez se encuentre mal. Un accidente puede suceder tan rápido... Y yo, ¿cuántos obstáculos debo sortear todavía antes de verlo erigirse en lo alto de la escalera, los ojos brillantes, la boca abierta, sin decir palabra, una mano en el bolsillo de su pantalón, para domeñar lo que le impide descender a mi encuentro?

Con Pierre conozco la dicha de amar a alguien que se preocupa tan poco de mi fidelidad como yo de la suya. Como el placer es nuestra Ley, lo obtenemos cada uno a nuestra vez, sin que eso nos ofenda, venga de donde venga. Lo maravilloso es que, al no sentir con nadie más de lo que sentimos juntos, la fidelidad se impone por

sí sola, pero pierde su nombre. Quiero decir que, al ser espontánea, gratuita, libre, natural, pierde lo que tiene en común con la tiranía y con la virtud, pierde lo que puede tener tanto de odiosa como de heroica.

Nuestro gesto de suprema elegancia, entre Pierre y yo, fue el habernos permitido cada uno a su turno, sin comentárnoslo, acostarnos con Jacques, y no fue para nosotros lo menos interesante el desvío que emprendían nuestros labios para encontrarse como por sorpresa sobre los de aquel mozalbete, como bebiendo de la misma copa.

Frente a cierta «dicha», dudamos en asirla, en detenernos en ella. ¿Seguro que es eso lo que queríamos?, ¿lo que queremos? Al principio, frente a una forma más real, más concreta de lo que habíamos previsto, mucho más dramática y desgarradora de lo que esperábamos, el deseo se retrae. El sueño continúa y la mitología de la imaginación se deteriora cuando el cuerpo que habíamos creído adivinar bajo la ropa está desnudo frente a nosotros; pero una vez desnudos nosotros, lo abordamos con la emoción que conviene, es decir, aún más turbados porque nos lo imaginábamos diferente, trastocado. En efecto, no somos víctimas de una alucinación. Es alguien real. «El objeto» debe sorprendernos primero. No debe venir de nosotros, sino de fuera, y cuantas más cosas ajenas aporta a nuestras expectativas, más patente, más flagrante es su presencia.

Así pues, ve, tócalo, que te toque. Ya te penetra, entra en ti con su miembro más venerable y deposita en ti algo aún mejor que su huella: su sustancia misma.

¿Por qué demonios he esperado tanto tiempo a que Richard hiciera de mí una mujer y que Philippe continuara el trabajo de demolición, antes de que Pierre viniera a darle la última mano?

En mí ha nacido ahora «el erizo de mar», que posee tanto de la

flora marina como de la fauna terrestre. Vegetal y animal a la vez, el anillo se abre y se cierra, como si respirase alrededor del dedo diamantino de Pierre.

—Tócame. Más fuerte. Suavemente. Ahí. No, aquí. Adelante. Ven. Perfora. Más profundo, avanza, invade, lastima, cura, desgarras, unta, y he aquí que se abre a la noche mi rosa púrpura bajo el aguijón de tu abejorro con garras y vientre peludo y alas de oro.

Aquel que ha creado el órgano otorga placer, pero ocasiona más desconcierto. La sorpresa y la angustia inhiben en ese momento la conciencia. De repente, asistimos en nosotros a la inversión de las perspectivas naturales, lo que equivale casi a un cataclismo privado. La novedad incomprensible de nuestra actitud deja en suspenso el sentimiento y casi la sensación... o no somos más que dolor, si en esos extremos las palabras dolor y voluptuosidad todavía pudieran significar algo (con Richard).

Mucho más tarde, cuando la transición está hecha, cuando el efecto de estupor está debilitado, mitigado, sólo entonces puede saborearse el placer, sin distracción, sin perder ni una gota (con Pierre).

El mejor momento es quizás el esperar de rodillas, sin ver ni saber lo que sucede detrás. Nada más emocionante que el acercarse del pene, antes del contacto. La suave duda del miembro al borde de los labios, que se retraen y poco a poco se distienden, como para adelantarse a lo que va a dilatarlos, desgarrándolos. Dos brazos os rodean ya. No te escaparás. La penetración es primero dolor, mientras la agitación del hierro le permite ocupar su lugar en la vaina que, desplegando una a una sus mallas, adopta la forma de aquello que la llena más que imponer la suya, hasta el momento en el que la vulva, abierta de delectación, se alisa y se lubrica a sí misma. Y entonces el roce, penoso al principio, se transforma rápidamente en la más voluptuosa caricia interior.

Tan sólo Pierre supo continuar su balanceo cadencioso para alcanzar un éxtasis aún más pleno: cuando, después de tocar mis riñones con su vientre, nuestro vello mezclado, ocupa su lugar dentro de mí, donde permanece largo tiempo inmóvil, tan erecto que el glande se hincha en el interior, y por su propio palpar, por su sola vibración, llega al orgasmo. Entonces, advertido por su grito, no bien me siento de pronto inundado de su cálido licor, cuando él aprovecha, humedecido, para avanzar aún más profundamente, con sigilo, hasta que soy yo quien grita, mientras bajo el efecto del orgasmo todo en mí se contrae, cerrándose sobre su falo, al que retengo prisionero, y locos de agradecimiento mutuo caemos enlazados sobre las sábanas y nos dormimos.

Es asombroso que, tras algunos desengaños, tengamos el valor de continuar. ¡Hay tanta distancia entre lo que esperábamos y lo que encontramos! Cuánto tiempo se necesita para, poco a poco, devolver su gloria y tornar digno de deleite aquello que la necedad, la frialdad del corazón, la aridez de la imaginación o la falta de temperamento de la mayoría de los hombres han transformado en algo vil.

Hoy constato que he introducido en mí algo más de vida que la que estaba prevista, pues he conseguido que mi cuerpo permita que le injerten un nuevo órgano.

Por culpa de mis primeros compañeros, demasiado tímidos o demasiado brutales, éste es el resultado de un lento trabajo de aproximación que duró más de cincuenta años. ¡Cuántos inútiles titubeos! Incontables fracasos. Sin haberlo premeditado en lo más mínimo, me veo obligado a constatar que ahora poseo, sin daño alguno para mi equilibrio físico y moral, un segundo sexo, al punto que puedo decir que soy a la vez hombre y mujer. El asunto es evitar que el uno dañe al otro. Gracias a los delicados y reiterados intentos de Richard, primero, luego de Philippe y finalmente de Pierre, «el erizo de mar» cobró forma, respira y busca dilatado su alimento. Ahora tan sólo se trata de regular este apetito, de integrarlo, otorgándole su lugar en el zoológico en que me he

convertido.

A veces el erizo de mar está furioso. Se arrebuja, de través, y siento como si diera a luz un puerco espín o una corona de espinas.

Qué importa al placer y qué nos importan a nosotros las formas que ese placer adopta, los caminos que elige. Saboreémoslo. El horror no es más incompatible con él que la belleza. La mitología muestra sin cesar a dioses y monstruos en pleno galanteo. Y en bestia se transformaba gustosamente Júpiter para acoplarse con los mortales.

Mi filosofía, a la que debo una dicha y un coraje incesantes, es haber sabido amar una sola cosa, pero de forma tan intensa que elimina todas las demás, que a su lado quedan reducidas a la nada.

¿Os preguntáis por qué X. acepta tareas tan duras, tan ingratas? ¿Cómo logra llevarlas a cabo? Padece en su casa a la más imposible de las mujeres, malos humores, una escena tras otra, gastos continuos por cosas que él no quiere, mientras se enfrenta a las dificultades del oficio más desagradable. ¿Qué importa, mientras le sea permitido satisfacer de vez en cuando, hacia el final de la semana, su manía, un vicio que sólo él conoce? No le interesa nada más, y no hay sufrimiento que no sea capaz de imponerse para merecer ese placer, objetivamente sin valor, insignificante a los ojos de los demás, pero que para él lo es Todo.

Ya no decido nada de lo que sucede en mi casa. Jantipa me escamotea incluso la pizca de autoridad que podría tener. Por fortuna tengo «el vicio», refugio donde aparco mi libertad y el tren de mis venganzas.

¡Ay! Por lo general, no nos vengamos de una desgracia sino cayendo en otra. ¿Qué diablos he venido a hacer esta noche en este infierno? He venido a observar de cerca la sorprendida indiferencia del desconocido que me examina colgado a su cuello, clavado a su

arpón.

No hay que intentar comprender esos gestos, esos mitos grandiosos e inútiles que sólo son proliferaciones de delirios a los que la Naturaleza se abandona en nosotros, sin duda por coquetería. Sólo entre aquellos que se niegan a someterse a la cadena la Naturaleza improvisa un alarde de rituales, obedecidos escrupulosamente: vemos por ver, amamos por amar, sin esperar nada del otro, ni de sí, ni del placer, sino el Placer mismo.

En su flanco imperturbable, al que estoy atado, me retuerzo un momento, como la mariposa que, atravesada por un alfiler, aletea.

Nada de gritos. Sería una vulgaridad.

Una mueca que duda entre la risa y el llanto, y uno se derrumba en medio de un alud tumultuoso.

Desde la cima hasta los abismos, no podría ser más desesperada la solemnidad con la que nos recorremos mutuamente, y luego ¡adiós!

Al regresar, son las tres de la tarde y observo a las personas sentadas frente a sus puertas, donde las había dejado. ¡Ah! ¡Si supieran de dónde vengo!

En el estudio me encuentro a la pequeña polaca, ocupada en corregir los textos que le confié antes de marcharme. Mi mujer, que barría la escalera, no ha tenido tiempo de alcanzar el último escalón mientras yo, en el intervalo, he recorrido varios mundos, como los aviadores que se despiden por la noche para daros los buenos días a la mañana siguiente, tras sobrevolar durante vuestro sueño un hemisferio entero. En el intervalo, ¿qué cuevas no habré superado? ¿Por qué pendientes no me habré deslizado? ¿A quién no me habré enfrentado? ¿Qué suplicio no habré sufrido? ¿Qué sudor no he vertido? La flecha que me ha herido todavía vibra humeante en su soledad, mientras que la herida ardiente que me ha producido no se ha cerrado, y alrededor de ella me muevo, fingiendo ignorarla. Encadeno mi conversación con la conversación de estas damas, como si nada hubiese sucedido, con una seguridad que podría confundirse con inocencia, si no fuera en realidad impudor.

De vez en cuando Jantipa me mira de forma extraña, como si sospechase algo, y la jovencita parece inquieta, como si un indefinible olor a lujuria que impregnara mis miembros la informase misteriosamente de los lugares lejanos desde donde llevo, a una habitación de aspecto austero, inquietantes espejismos de formas sin duda imprecisas pero que nimban mis gestos con un fulgor infernal, a la vez que a mis palabras, por triviales que sean, les acompañan rumores sordos e inquietantes que alteran su sentido de manera imperceptible pero segura.

Soy un monstruo, y quién sabe el riesgo que corre él. En sus narices, he engañado a Pierre con Théo.

¿Qué importancia tiene?

Siempre el mismo foso alrededor de la Torre, pero por más que encuentre a otros diferentes, nunca habrá nada más saludable, más puro, más fastuoso a mis ojos que las caderas de Pierre.

Si Z. no me hubiese retenido al teléfono un instante más, no me lo hubiera encontrado a las puertas de mi casa.

Si sabe dónde vivo, pronto sabrá mi nombre, y si es el rufián que imagino, el día en que se canse de mí intentará chantajearme.

Sin embargo, fingí naturalidad, y fue él quien parecía incómodo.

—¡Hombre, Pierre, tú por aquí! ¿Qué asuntos te traen?

—Podría preguntarte lo mismo. El doctor N., tu vecino, es mi dentista.

—Hasta luego.

Volví sobre mis pasos para que no tuviese tiempo de ver que yo vivía al fondo del jardín, pero a mi pesar, al darme la vuelta, me encontré con sus pequeños ojos negros, que vigilaban la maniobra.

Qué envenenada estaría mi vida si no amase el Peligro.

Ayer por la tarde trabajaba en mi escritorio cuando alzo los ojos y ¿a quién veo allí, instalado en el sillón para los pacientes del doctor N.? A Pierre.

No, en mi vida olvidaré tal confrontación.

¡Mi amante de los jueves!

Tras el anonimato que le permite todo, como los enmascarados,

me sorprende en mi propia casa, y, al mismo tiempo, tiene la oportunidad de conocer a mi mujer, que está cosiendo en el jardín.

Lo inverosímil de la situación hubiera podido volverla excitante, si yo hubiera tenido ganas de reír. Por un momento me creí víctima de una ilusión, de una alucinación, aunque estaba preparado para este encuentro, por la sorpresa que me había causado su presencia en mi portal la noche anterior.

Las situaciones extremas, dramáticas, tienen la ventaja de empujarnos al borde del abismo, donde la insulsez ya no tiene cabida, ya es imposible.

Tres días más tarde, en el banco, se disponen a decirme mi saldo cuando siento una mano que se apoya sobre mi brazo.

Otra vez él; no soñaba.

De inmediato, trato de parecer tranquilo, e intercambiamos algunas palabras sobre una fotografía suya que me había prometido.

Jean T.:

—Es temerario. ¿Ese Pierre no tendrá el don de la ubicuidad? Como puedes ver, amigo mío, se trata del Diablo.

Nos paseábamos el viernes por la noche Jean T., Jantipa y yo frente a St.-Ferdinand, por la acera de la derecha, cuando alzo la vista y ¿a quién veo bajando la calle, cabellos al viento, pantalones de terciopelo y jersey blanco de lana? A mi Pierre en bicicleta.

Se lo señalo, con el codo y el rabillo del ojo, a nuestro amigo.

Jean:

—Estás obsesionado. ¿Acaso lo ves por todas partes?

Estallo en carcajadas.

Yo sabía perfectamente que era él.

¿Nos ha visto? ¿Me ha reconocido?

Resulta imposible no estar conmocionado y a la vez encantado por esas coyunturas, por esas «apariciones» misteriosas. Pensar que ayer estábamos desnudos el uno en los brazos del otro, y al día siguiente me lo cruzo en la ciudad, mientras camino junto a mi mujer y a Jean.

—Ten cuidado —me susurra éste—, tal vez sea el ángel de Sodoma, que adopta esta forma para advertirte de que el final se acerca.

¿El final? El Castigo.

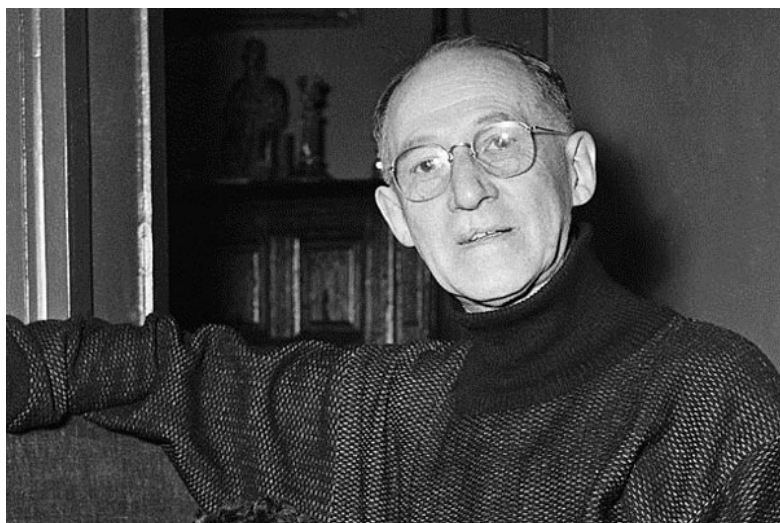
Se acumulan en mí nubarrones tan densos que me provocan fiebre. Cuando intento representarme lo que soy frente a la mirada del mundo y frente a mi propia mirada, lo que soy a los ojos de Pierre, cuando estoy en sus brazos y cuando me sorprende tres veces en ocho días en mi casa, en el banco, en la calle, me es imposible no inquietarme.

Mientras conversamos Jean, Jantipa y yo, Jantipa me hace una observación sobre mis costumbres. Estallo en carcajadas.

Jean, un poco más tarde, me comenta:

—No puedes imaginarte lo que fue tu estallido de risa. El Diablo estaba allí, Élise quedó conmocionada. Nunca antes, por cierto, me había parecido tan humana: «¿Has escuchado eso?», se limitó a decirme ella. Y cuando te retiraste tú a dormir, con el cuello expuesto, no te lo oculto, parecías un príncipe esclavo. En cuanto cerraste la puerta, Jantipa insistió: «Esa risa, ¿no te recuerda nada? Ya la habíamos oído el viernes, casi frente a la iglesia de St.-Ferdinand, sin que supiéramos la causa. Estaba como flotando. Casi diría que era algo dirigido a alguien invisible para nosotros». Y solté: «Sí, y que hubiera pasado como por casualidad en bicicleta». «Exacto», siguió ella, «que aparece tan rápido como desaparece.» «El Diablo, sin duda», concluí.





MARCEL JOUHANDEAU nació en 1888 en Guéret (Francia) y murió en 1979 en Rueil-Malmaison. Estudió en Guéret y, posteriormente, en el instituto Henri IV de París y en la Sorbona. Desde 1912 fue profesor en un colegio de Passy. Muy religioso, toda su vida osciló entre la celebración del cuerpo masculino y la represión de la homosexualidad, hasta el punto de que, en 1914, en un raptó místico, quemó todos sus escritos y trató de suicidarse. En 1949 se casó con la bailarina Élise Caryathis, pariente de Jean Cocteau y Max Jacob; se abrió así un periodo en que se retractó de sus tendencias homosexuales. Amigo de Paul Morand y autor de más de veinte obras, entre ellas *Pincegrain* (1924), *De la abyección* (1939) o *Chaminadour* (1934-1941), Jouhandeau, maldito, antisemita y colaboracionista, fue un «diseccionador» del alma humana, de la que buscó sus secretos mejor guardados. Su obra, afirma Miguel Sánchez-Ostiz (Abe), «fue siempre acompañada del escándalo y de la sospecha de que, incluso entre líneas, además del franco elogio de la voluptuosidad... palpitaba el Mal y la perdición. Provocador y subversivo».